

... que consagrado obispo en el
 ... el 18 del mismo mes en
 ... cardenal. Según hemos ido
 ... por costumbre tomar pose-
 ... pero por estar ya imposibilitado
 ... causa de una herida que tenia en una pier-
 ... el mismo Vaticano. Antes de la coronacion,
 ... es de la eleccion, hubo el consistorio, en el cual
 ... entre los reyes de Francia y de España;
 ... cuando ellos estuviesen á su alcance
 ... su antigua disciplina, y su antiguo esplendor
 ... lo concerniente á los cat-
 ...
 ... César Borgia, recibió un salvo conducto para
 ... pero sin escolta y sin tropas. Pretendia felicitar
 ... por la eleccion que habian hecho; pero, como
 ... el citado historiador de los Soberanos Pontifi-
 ... virtuoso para que César pudiese profe-
 ...
 ... la poderosa familia Orsini
 ... que habia hecho estrangular á dos
 ... el Papa le hizo conducir al castillo
 ... del Santo Padre le hizo restituir
 ... á la Santa Sede ó que su pa-
 ...
 ... y de la prudencia de Pio III,
 ... convocar un concilio general antes de tres
 ... las caperzanas que se habian conce-
 ... Pontífice cuando solo habia gobernado
 ... el 17 de Octubre de 1503.
 ... por espacio de doce dias.»
 ... al conclave, fué elegido el cardenal Julio
 ... de la Rovere, hermano de Sixto IV, á
 ... haber sido nombrado en 1471 obispo
 ... del propio año cardenal del
 ... Este Papa quiso conservar su propio nom-
 ... y se llamó Julio II, cuando coronado el 26 de Noviembre y to-



vaes, se emplearon en la edificación de este templo, cuarenta y seis millones de escudos romanos (cada escudo vale próximamente veinte reales de nuestra moneda), no incluyéndose en esta suma los gastos de los modelos, de la demolición del antiguo templo, de la linterna hecha en otro pontificado, ni los honorarios de los empleados ni el precio de los ornamentos del altar.

Es curiosa la siguiente relación que fundada en lo que dice Maquiavelo, hace el citado Montor, en la que veremos á Julio II al frente de un ejército:

«La Santa Sede, dice dicho escritor, recuperaba todo lo usurpado por César Borgia; pero las reclamaciones presentadas á los Baglioni, tiranos de Perugia, y á los Bentivoglio, señores de Bolonia, á pesar de algunas apariencias de buen éxito, no habían dado los frutos que de ellas esperaba el impaciente deseo de Julio II. Entonces dejó en Roma, como legado, al cardenal obispo de Frascati y marchó al frente de un ejército, contra Perugia. Apenas supieron los Baglioni la llegada de Julio cuando huyeron: entonces avanzó hácia Bolonia, los Bentivoglio ninguna resistencia hicieron y el Papa entró en esta ciudad el día 10 de Noviembre de 1506, pasando por debajo de trece arcos triunfales. A nadie se encarceló, ni á nadie costó la vida este triunfo.

»Ofrece algún interés la relación de esta campaña, hecha por Maquiavelo, embajador de Florencia cerca de Julio, y testigo ocular de este hecho de armas.

»El papa, seguro ya del consentimiento de Francia y de Venecia, se había puesto inmediatamente en camino. Maquiavelo se encontró en Civita Castellana el 28 de Agosto. Julio dióle audiencia delante del cardenal Soderini. El secretario dirigió en seguida á Su Santidad un discurso, en el cual explicaba las bases de sus instrucciones. *Extendiólas* un poco, añadiendo que la república vería con agrado la confirmación del apoyo de Francia, y que aplaudiría el espíritu consecuente y determinado de Su Santidad en esta circunstancia. Creyó útil luego hacer la lectura de las instrucciones mismas *de verbo ad verbum*. El Papa escuchó el discurso y las instrucciones con profunda atención, y concluida su lectura dijo: que en su concepto sus señorías recelaban tres cosas 1.^a que no quedase asegurado el apoyo de Francia; 2.^a que la Santa

Sede obrase en este asunto con poca energía; 3.^a que se acabase con ponerse de acuerdo con Bentivoglio, dejándole en Bolonia, ó dejándole entrar otra vez en esta ciudad, si de ella se le desalojase.

»Al primer temor, contestó el Papa que el mejor modo de dar á conocer la voluntad del rey Luis XII, era enseñando su propia firma, que para él, Julio, era suficiente garantía. Llamó entonces á monseñor de Aix á quien invitó á que manifestase la comisión que de Francia llevaba. Este enseñó al embajador florentino la propia firma del rey, y leyó dos artículos concernientes á Bolonia. Su Majestad estrechaba al Papa á que verificase esta expedición *presto, presto*, prometiéndole de cuatrocientas á quinientas lanzas, capitaneadas por el esforzado caballero monseñor de Alegre y por el marqués de Mantua.

»Relativamente al segundo recelo, mal se podía tacharle de falta de energía, cuando se ponía en camino, y no creía poder obrar con más ardor cuando él en persona se iba á Bolonia.

»Al tercer temor contestó que no dejaría á Juan Bentivoglio en esta ciudad, ni Bentivoglio sería tan loco que quedase en ella como un simple particular; que las cosas serían arregladas por el gobierno pontificio, de manera que mosen Juan no pisase aquella ciudad durante la vida del Papa actual, y que Julio II ignoraba lo que sobre el particular determinarían sus sucesores.»

»Por la tarde, habiéndose Maquiavelo hecho contradicho con Su Santidad, que iba á ver la fortaleza de Civita Castellana, como cosa peregrina, repitióle palabra por palabra cuanto por la mañana le había dicho.

»En 13 de Setiembre, el Papa entró como en triunfo en Perugia; «pero las tropas de Baglioni son más aguerridas que las del Papa, que se halla así, dice Maquiavelo, á merced del señor á quien acaba de quitar sus posesiones.»

»El Papa continúa su camino: va á San Marino y de allí, á Cesena. Anúnciase en esta ciudad que el emperador envía al Papa dos embajadores; el cardenal obispo de Brixen (Melchor Cops, creado cardenal por Alejandro VI en 1503) y el marqués de Brandeburgo, uno de los ascendientes del actual rey de Prusia.

»Algunos embajadores boloneses, llegados en este intervalo, son admitidos á la presencia del Papa. Le besan los pies, y se re-

tiran sin dirigirle una palabra. A la mañana siguiente, en un largo discurso, intentaron hacerle mella pintándole el cuadro de su antigua y absoluta dependencia de la Santa Sede; citaron los tratados hechos por la ciudad con varios pontífices y confirmados por el mismo Julio; ensalzaron la conducta política de sus ciudadanos, sus sentimientos religiosos y su sumisión á las leyes. El Papa contestó, que si este pueblo se hallaba sometido al Estado de la Iglesia, no hacia mas que cumplir con su deber, porque tal era su obligación, y porque la Santa Sede era tan buen soberano como fiel vasallo podía ser el pueblo. Su Santidad venia en persona á librarle de los tiranos; y que por lo tocante á los tratados, el Papa no examinaria lo que otros papas habian hecho, porque él y los demas sumos pontífices no habian podido obrar de otra manera; que la necesidad y no la voluntad habian decidido las confirmaciones obtenidas; que habia llegado la ocasion de revisar los tratados, y que le parecia inexcusable delante de Dios cualquiera negligencia en este nuevo examen; que por esto habia partido; que deseaba la felicidad de Bolonia, y que por consiguiente entraria en persona en la ciudad; que si las actuales leyes eran de su agrado, las confirmaria; y sino lo eran las cambiaria; y que para lograrlo, aun por medio de las armas, si los medios pacíficos no bastaban, llevaba consigo fuerzas capaces, no solo de hacer temblar á Bolonia, sino á la Italia entera.»

Por este extracto de las correspondencias de Maquiavelo, hemos querido dar á conocer la energía que dominaba en la política de Julio II. A Francia debió todas las ventajas obtenidas en esta guerra.

Desde entonces, Bolonia, exceptuando las tiempos de la breve existencia de la Cisalpina y del reino de Italia, ha reconocido siempre la supremacia de los Papas.

A principios del siguiente año, el Pontífice entró otra vez en Roma, é hizo una promocion de cardenales, entre los cuales se contaba al célebre Jimenez, que fué largo tiempo primer ministro de España, y que supo adquirir justamente la reputacion de uno de los mejores políticos de su tiempo.

El cardenal Carvajal, legado pontificio, tuvo la suerte de hacer que el emperador Maximiliano y el rey de Francia firmasen la paz.

A la sazón los venecianos habian invadido á Trieste y al condado de Gorice, y el Padre Santo no habia podido obtener las restituciones que solicitaba; así no vaciló en dar su adhesion al tratado de Cambray, cuyo objeto era abatir el orgullo de Venecia.

En este tratado, que aprobó el rey de España, se comprometió Julio á fulminar un entredicho sobre Venecia y sus posesiones: esta excomunion fué dada á impulsos de tres de los mas poderosos príncipes de Europa, el emperador y los reyes de Francia y de España; lo cual prueba, una vez mas, que esta medida calumniada, *formaba parte de la jurisprudencia contemporánea.*

Los venecianos, á pesar de la bula de Pio II, que prohibia esta especie de resistencia, apelaron de ella al futuro concilio: el Papa condenó la apelacion por un edicto de 1509, añadiendo á él varias censuras muy graves.

La batalla de Agnadel, ganada por los franceses, y en la cual los venecianos perdieron ocho mil hombres de sus mejores tropas, obligó á la República á recibir la paz y restituir Brescia, Bérgamo, Como y Cremona, y á pedir perdón al Padre Santo, prometiéndole la restitucion de las tierras usurpadas, y muchas concesiones útiles á la disciplina eclesiástica y al mantenimiento de la autoridad pontificia.

En 1510, llegaron á Roma los embajadores de Venecia encargados de esta reparacion. El Papa, sentado en su trono en el umbral de la basilica Vaticana, pronunció la absolucion de las penas en que habian incurrido, imponiendo por penitencia el visitar las siete Iglesias. Observóse que Julio no quiso que los embajadores recibiesen el lijero golpe de varilla que reciben ordinariamente los que son absueltos de censuras ó de excomunion.

El Papa declaró luego que para mostrarse un verdadero padre comun de los fieles, se retiraba de la liga de Cambray: esta vez eran las potencias seculares las que persistian en la aplicacion de las penas eclesiásticas, y la potencia espiritual se abstenia de prolongarlas.

Pero estas armas no estaban destinadas á dormir; los franceses querian que el Papa quedase en la liga de Cambray, y al propio tiempo querian proteger al duque de Ferrara, feudatario de la Santa Sede, que se negaba á restituir al Papa las salinas de Coma-